

15 céntimos el número



Año II.

Barcelona 11 Febrero de 1893

Núm. 37

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^a, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



ESTATUA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Del proyecto de monumento á Miguel de Cervantes Saavedra, por AGAPITO VALLMITJANA

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — El maestro de hacer cucharas, por ANTONIO DE TRUEBA. — Manila y sus alrededores (conclusión), por el doctor SAMUEL KNEELAND, traducido del inglés por J. COROLEU. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos.

Grabados. — Estatuas de Don Quijote de la Mancha y de Sancho Panza (del proyecto de monumento á Miguel de Cervantes Saavedra, por AGAPITO VALLMITJANA). — Proyecto de monumento á Miguel de Cervantes Saavedra, por AGAPITO VALLMITJANA.

Crónica

TODO el mundo y la prensa toda consideran en Inglaterra que es muy grave la situación del Egipto. El joven kedive cedió ante la presión de lord Cromer y despidió á Takhri Bajá, contrario resuelto de las reformas inglesas, llamando al ministerio á Riaz Bajá, pero con repetidos actos ha demostrado luego que no había cedido en nada de sus sentimientos anti-ingleses. A Takhri Bajá le concedió el grado más alto de la Orden del Osmanieh, y para que su pueblo pudiese demostrarle sus simpatías se presentó por dos veces en público, á corta distancia, lo cual no suelen hacer los monarcas mahometanos, que en mucha parte siguen siempre las antiguas prácticas del Oriente. Abbas Hilmi fué á la mezquita y fué al teatro en donde se cantaba *Aida*, y en los dos puntos se le acogió con entusiasmo. El pueblo hizo más aún, puesto que trató de destruir las oficinas de un periódico árabe, amigo de los ingleses, que ve la luz en el Cairo. Que el Egipto, en general, es contrario á la ocupación inglesa, es cosa admitida por la prensa imparcial, incluso la inglesa. Pero Inglaterra entiende que, á pesar de esta resistencia, ha de continuar la ocupación hasta conseguir los fines financieros y políticos que se propuso alcanzar. El problema estriba ahora en saber si el kedive obró por su propio impulso, animado sólo por las simpatías que le demostraban periódicos franceses y de otras naciones, ó si cuenta con algún oculto y poderoso apoyo para el caso en que llegue á formalizarse la resistencia del Egipto á los ingleses. Sobre esto se ha hablado de Turquía y Rusia, suponiéndose si ambas potencias protegen á escondidas las manifestaciones del joven soberano egipcio, diciéndose además que el sultán é Ismail Bajá, abuelo de Abbas y ex kedive, son los instigadores de cuanto ha pasado en el Cairo. Es sabido que los árabes y los orientales en general son maestros en la política de complots y de intrigas, y que saben tramarlos ocultando hábilmente sus deseos y fingiendo amistad y simpatía hacia el mismo á quien se proponen derribar, y aun acabar con su vida. Egipto, acaso, renueve la cuestión oriental que más ó menos encubierta se halla siempre sobre el tapete.

Tal vez lo que ocurra en el delta del Nilo sea causa de que Inglaterra modere sus ímpetus respecto de Marruecos. Lo cierto es que desde el nombramiento de Mr. Ridgeway como enviado británico en Tánger hasta el día se han disipado en mucha parte los gruesos nubarrones que se cernían sobre el estrecho de Gibraltar. Sigue la Gran Bretaña sosteniendo que su objeto principal y casi exclusivo es convenir con el gobierno marroquí un tratado que abra aquel imperio á la producción europea de todas las naciones. Como potencia comercial buen cuidado se tendría de sacar para sí la mejor parte, pero no se lo consen-

tirán fácilmente los demás Estados, singularmente Francia, Italia y España. El paso dado por Mr. Ridgeway deteniéndose en Madrid, en su viaje para Tánger, ofreciendo sus respetos á la Reina y visitando á los ministros, prueba cuando menos que Inglaterra juzga serle conveniente no hallarse en abierto desacuerdo con nuestro país.

* * *

Italia ha tenido también un escándalo que los franceses han tratado de engrosar, pintándolo con los más feos colores en su afán por buscar naciones que les hagan compañía. Se ha tratado de suponer que era lo ocurrido con los Bancos de Roma otro Panamá, afirmación exageradísima por todos conceptos. De todo lo que se ha contado resulta en claro que el Banco Romano tenía en circulación sesenta y cuatro millones de liras en billetes, guarismo superior á la emisión que puede hacer legalmente. El cajero barón Lazzaroni, hombre de sesenta años, aparece comprometido por diez y siete millones, y el senador Fanlongo, gobernador del Banco, por suma casi igual. Ambos fueron detenidos, sirviendo todo ello de arma á los enemigos del gobierno para censurar al señor Giolitti y al señor Miceli, quienes afirmaban hace un mes que los rumores que circulaban acerca del expresado Banco no eran más que habladurías. Hoy se ven precisados á reconocer las irregularidades, puesto que las persiguen, irregularidades cuya existencia no habían logrado descubrir, á pesar de tener la atención fija en la situación de diversos establecimientos de crédito italianos, de los que cree la opinión pública que se encuentran en mal estado.

* * *

Media, en realidad, enorme distancia entre lo acaecido en el Banco Romano y la suciedad espantable del asunto del Panamá. A las noticias que repetidamente se han publicado acerca de esta serie inacabable de escándalos, hay que añadir las curiosas revelaciones que hizo *Le Figaro* sobre Cornelio Herz, detenido en Inglaterra en una fonda y sin que se le pueda trasladar á Francia por hallarse muy enfermo. M. Herz, dice aquel diario, arrancó primeramente á la Compañía 600,000 francos en 1886, después un millón en Junio de 1888, dos millones en Julio, otros dos en Agosto, y por último cuatro millones más, exigidos con amenazas, á M. Reinach en Enero de 1889. Estas partidas arrojan la bonita suma de 9,600,000 francos. A este paso se comprende muy bien la ruina de la empresa, de los accionistas y de todos cuantos intervenían en el negocio.

* * *

El ministro de Fomento, señor Moret, ha juzgado que era asunto de estudiar la manera de hacer intervenir directamente á los obreros en la ejecución de las obras públicas, y á este objeto ha encargado á la Comisión de reformas sociales que emita informe sobre estos cuatro extremos:

- 1.º Intervención que á su juicio pueda darse á los obreros en el Consejo de Agricultura, Industria y Comercio, á fin de que en él representen los elementos del trabajo.
- 2.º Manera de nombrarlos para que lleven á dicho Centro la representación de su clase.
- 3.º Retribución que habrá de señalárseles.
- Y 4.º En el caso de resolver afirmativamente los anteriores puntos, manera de allegar los recursos convenientes.

Bueno es que se estudien estos y otros puntos, y sobre todo que los gobiernos y los hombres que ocupan primeros puestos en los Estados vean de prevenir, en lo posible, los conflictos sociales que se originan entre el

capital y el trabajo, y que tan grave sesgo van tomando en los actuales tiempos, en que para contenerlos y dirigirlos no se cuenta en tanto grado como antes con las creencias y con los sentimientos religiosos, que son los mejores y más poderosos reguladores del orden social.

S. M. el Rey don Alfonso XIII ha tenido que sufrir una de las enfermedades de que escapan contados niños. Por fortuna la escarlatina que se declaró en el Rey niño, y que es la enfermedad á que aludimos, como lo habrán adivinado nuestros lectores, se presentó desde el momento con caracteres marcadamente benignos. Por esto no llegó casi á inspirar inquietud, viéndose ya en seguida que no había de poner en peligro la vida del augusto monarca, tan importante para la paz y felicidad de España.

B.

El maestro de hacer cucharas

I



Ramón no le podían ver ni pintado en su pueblo, porque era un holgazán como una loma, sin oficio ni beneficio, por lo que le llamaban el maestro de hacer cucharas, que en aquel país significa aproximadamente lo que en otros el maestro de atar escobas. Mientras le duró la herencia paterna lo pasó muy bien, andando de viga derecha; pero cuando acabó de comérsela, no encontró quién le diese

para llenar la andórga, y á fuerza de acostarse con una ración de hambre y levantarse con otra de necesidad, se iba quedando como un alambre.

—Pero, hombre, le decían todos, ya sabes que en esta vida caduca, el que no trabaja no manduca.

—¡Ya lo sé, por mi desgracia! contestaba Ramón bostezando.

—Pues entonces, ¿por qué no trabajas para manducar? Dios opina que el hombre debe ganar el sustento con el sudor de su frente.

—En este punto no estoy conforme con Dios.

—¡No digas judiadas, hombre!

—Las opiniones son libres.

—Pero no las opiniones contrarias á las de Dios.

Razonando y disputando así, el maestro de hacer cucharas se moría de hambre por no querer doblar el espinazo, y recordando é interpretando absurdamente el precepto bíblico que dice: «Nadie es profeta en su patria,» y el refrán que añade: «El que no se aventura no pasa la mar,» determinó irse por el mundo en busca de tierra donde poder comer sin trabajar.

Andando, andando, recorrió las siete partidas sin encontrar lo que buscaba, y llegó á un pueblo, donde se sentó, desfallecido de hambre, en uno de los bancos de piedra que adornaban un paseo.

Al fin del paseo se veía un convento, cuyos frailes pasaban y repasaban por delante de Ramón, tan colorados y tan gordos, que daba gusto el verlos.

Al ver á los frailes, lo que le ocurrió á Ramón no fué pensar en lo mucho y bien que servirían á Dios, sino en lo mucho y bien que comerían y beberían.

Trasladándose mentalmente al refectorio del convento

y sus dependencias, vió allí divinidades gastronómicas, que le pusieron los dientes de á cuarta.

—¡Qué despena tan bien provista tendrán esos siervos de Dios! pensaba Ramón recordando todas esas pinturas cromolitográficas que adornan los escaparates de las estamperías, representando frailes y curas reventando de gordos y nadando en delicias concupiscentes, y, sobre todo, en las de la gula. ¡De seguro que el convento tiene en su bodega los mejores vinos que produce la tierra; en su pesquera, los mejores pescados que produce el agua, y en su despensa los mejores jamones que producen Avilés y Extremadura!

Ramón continuaba trazando un magnífico poema gastronómico por este estilo, y pensando cómo podría él componérselas para introducirse en el convento y sacar de allí la tripa de mal año, cuando se sentó á su lado un viejecito que venía de hacia el convento.

—Con permiso de usted, le dijo el viejo, voy á descansar aquí un poco, porque vengo de hacer la visita diaria al Padre Guardián, y como vamos ya á Villavieja, las piernas no nos quieren acabar de llevar á casa si no descansan un poco.

—¡Hola! ¿conque es usted amigo del Guardián de ese convento?

—Mucho. Nos criamos, como quien dice, juntos, y como sus santas ocupaciones son muchas y las profanas mías son pocas, le hago diariamente mi visitita, y aquel bendito de Dios no sabe cómo agradecermelo lo bastante.

—Según eso, ¿el Padre Guardián es muy buena persona?

—Un santo, que está reclamando un nicho en los altares. ¡Hombre! con decirle á usted que hasta con los árboles se encariña, está dicho todo. Había en la huerta del convento un hermoso peral, á cuya sombra gustaba el Padre Guardián de descansar y dedicarse á sus lecturas, y cuyas peras le gustaban mucho. Un huracán, que se desató el otoño pasado, derribó el peral. Paseando esta tarde por la huerta con el Padre Guardián, he visto el tronco del peral, apoyados sus dos extremos sobre dos sillares, y cubierto con tejas, para que la humedad del suelo y la lluvia no le dañen; y preguntando á Su Reverencia cómo el invierno pasado, que fué tan frío, no le hicieron astillas y se calentó con él las piernas la santa Comunidad, me ha dicho que por todo el oro del mundo no daría aquel madero, pues le guardaba para hacer de él un san Cristóbal, de cuyo santo es el Guardián muy devoto.

—¿Y cómo no ha mandado aún hacer el san Cristóbal?

—Porque la Comunidad es demasiado pobre para llamar expofeso á un escultor, y espera á que por casualidad venga por aquí alguno que, más bien por caridad que por interés, quiera favorecer á la Comunidad con tan santa obra.

—Yo soy escultor, y casi casi me dan tentaciones de detenerme á hacer esa obra de caridad, ya que el Padre Guardián es tan bendito.

—¡Calle! ¿Conque usted es escultor? ¡Hombre, qué feliz casualidad! Decídase usted á dar un alegrón al Padre Guardián yendo á visitarle y diciéndole que se encarga de hacerle el san Cristóbal, que tanto desea tener por devoción al Santo y por la santificación del peral, que tan buenos ratos le dió durante muchos años con su sombra, y, sobre todo, con sus peras.

—Casi casi estoy decidido á ello, aunque me están esperando en veinte partes distintas para trabajar en mi arte, pagándome á peso de oro.

—Por mucho que le paguen á usted, no será tanto

como le pagará Dios en el cielo el trabajo que dedique a los santos religiosos de este pueblo.

—Esa paga es la que más me satisface, y para alcanzarla, voy ahora mismo a ver el Padre Guardián.

—Sí, no se detenga usted, porque me parece que oigo tocar a refectorio en el convento, y si se descuida usted un poco, no podrá ver a Su Reverencia hasta después de la refacción.

Los ojos le chispeaban a Ramón al oír que tocaban a refectorio, é inmediatamente se encaminó al convento, seguro de que, cuando menos aquel día, iba a sacar la tripa de mal año.

Conforme caminaba, iba soliloqueando del modo siguiente:

—Lo mismo entiendo yo de hacer santos que de hacer cucharas, pero necesito comer, y comer inmediatamente, y, como dijo el otro, esta es la cuestión, y lo demás, incluso una paliza que me arrimen esos benditos frailes cuando sepan que he llenado la tripa a su costa por medio de un engaño, me importa un comino. ¿Conque ahora están tocando a refectorio? Hombre, no han de ser tan poco cumplidos los frailes que no me digan: «¿Usted gusta comer con nosotros?» ¡Vaya si gustaré, y vaya si será abundante y apetitosa la comida, porque lo que es los frailes que he visto estaban de buen año!

II

El maestro de hacer cucharas llegó a la portería del convento, y en lugar de preguntar si podía ver al Padre Guardián, dijo al portero:

—Hermano, avise al Padre Guardián que un escultor desea hablarle.

El convento se alborotó al saber que un escultor había llegado a la portería, y el Guardián, lleno de gozo, se apresuró a ordenar que le condujeran a su celda.

Para que se comprenda mejor aquel alboroto y aquel gozo, hay que explicar más por menor lo que pasaba con el tronco del peral caído. En aquel tronco no veía ya la Comunidad un tronco de árbol; que veía un glorioso san Cristóbal hecho y derecho, alto y fornido como un Goliat, con un bastón como el muslo de un hombre de grueso en la mano, y con un Niño Jesús como un serafín en el hombro.

Un lego, a quien por lo decidior, discreto y sentencioso llamaban el hermano Séneca, y consultaba la Comunidad en los casos graves, se dejó decir un día que en todo madero y en toda piedra había un santo, y toda la habilidad del escultor se reducía a saber sacarle del madero ó de la piedra. Como el padre Guardián había decidido que el santo que se sacase del tronco del peral fuese el glorioso san Cristóbal, de quien era muy devoto, y de esta devoción participaba toda la Comunidad, toda la Comunidad vió desde entonces mentalmente en el tronco del peral, no un tronco, sino una perfecta imagen del glorioso san Cristóbal, tal como lo he descrito. Así era que todos los religiosos veneraban ya aquella imagen, inclinándose devotamente al pasar por delante de ella, como se inclinaban al pasar por delante de la de san Francisco, que estaba en la iglesia, oculta tras una cortina. La única diferencia que los buenos religiosos encontraban entre la imagen de san Cristóbal y la de san Francisco consistía en las cortinas que las ocultaban. La que ocultaba a la imagen de san Francisco era de seda, y cualquiera la podía descubrir, y la que ocultaba a la imagen de san Cristóbal era de madera, y sólo la podía descubrir un escultor.

Este escultor había llegado después de esperarle largo

tiempo; iba a recorrer la cortina de san Cristóbal, y la santa Comunidad iba a contemplar con los ojos de la cara la venerada imagen que hasta entonces sólo había contemplado con los ojos del alma.

Me parece que la cosa era para alborotarse el convento y llenarse de gozo el Padre Guardián.

No dejó de extrañar Ramón que al atravesar por cerca de la cocina del convento no le diese en la nariz tufillo alguno de pollo asado, jamón frito, perdiz en salsa, salmón cocido, merluza rebozada, etc., etc.; pero se tranquilizó atribuyéndolo a que su nariz habría perdido con el desuso la aptitud para percibir aquel delicioso tufillo.

El Padre Guardián, que salía alborozado a su encuentro, le recibió con bondad suma y le hizo sentar en un sillón frente al suyo.

—¿Conque tiene la honra nuestra pobre y santa casa, le preguntó Su Reverencia, de que la visite un escultor?

—La honra, reverendísimo Padre Guardián, es del humilde artista, y sería mucho mayor si el artista pudiera servir en algo a esta santa Comunidad. Un buen anciano muy afecto a ella, y particularmente a Vuestra Reverencia, con quien por feliz casualidad he hablado no lejos de aquí, me ha dicho que Vuestra Paternidad deseaba mandar hacer una efigie del glorioso san Cristóbal.

—Es verdad, hermano, que tengo ese vehemente deseo; pero, como también le habrán dicho, la Comunidad es tan pobre, que sólo puede remunerar al artista con sus bendiciones y la hospitalidad durante el tiempo que emplee en la obra.

—Lo sé, reverendo Padre Guardián, y a mí me bastará por parte de la Comunidad esa remuneración, porque la que más deseo es la que Dios pueda añadirle.

—Debo advertirle, hermano, que las constituciones de nuestra santa casa, arregladas a nuestra pobreza y espíritu de mortificación, son tan estrechas en punto a alimento nuestro y de aquellos extraños a quienes damos hospitalidad, que una de sus prescripciones es la de que no podremos alimentar a ningún extraño a la Comunidad a menos que él y uno de los religiosos se conformen con compartir la poca porción de alimento que corresponde a cada religioso. Yo tendré mucho gusto, hermano, en compartir la mía con el caritativo artista que trabaje en dotar a nuestra iglesia de una imagen del glorioso san Cristóbal, a quien tengo mucha devoción, porque a su intercesión debí el no perecer al pasar un río. Diga, pues, hermano, si se conforma con esta dura, pero sagrada, prescripción de nuestras constituciones.

—Me conformo gustoso, Padre Guardián.

—Mire, hermano, que es muy dura para el que no está acostumbrado a ella como yo lo estoy.

—Los artistas españoles también están acostumbrados a durezas.

—Pues, hermano, ya que quiere participar de nuestra mortificación, pase conmigo al refectorio, donde ya está reunida la Comunidad propiamente para hacer penitencia.

El Padre Guardián y el maestro de hacer cucharas, se dirigieron en efecto al refectorio, diciendo Ramón para sí:

—¡Penitencias como la que voy a hacer me dé Dios toda la vida! Si fuera cualquier otro de los frailes el que hubiera de compartir su ración conmigo, no me haría mucha gracia; pero siendo el Padre Guardián, ya es otra cosa, porque naturalmente ha de tener, cuando menos, ración doble y algún plato de *plus* sobre los de la Comunidad.

El Padre Guardián se sentó á la cabecera de la mesa é hizo sentar á su derecha al *artista*, á quien chocó mucho que sólo hubiera destinado un servicio para los dos, y este tan pobre, que consistía en un cuchillo, un jarro de agua y una cuchara de madera.

Después de la bendición de la mesa, que dirigió el Padre Guardián, y duró cerca de media hora, pues hubo Padrenuestros, Avemarías, Salves y Credos para infinidad de santos y vírgenes y bienhechores del convento, se sirvió el primer plato, que consistió en una cazuela por barba de alubias guisadas con aceite, sal y ajos.

El Guardián, después de decir á Ramón que las constituciones del convento asignaban en cantidad y calidad la misma refacción á todos los religiosos, incluso el prelado, le dió la cuchara, advirtiéndole que por turno debían servirse ambos de ella, á lo que puso el artista alguna resistencia, diciendo que no debían sus labios pecadores profanar la cuchara salida de los labios del prelado. Turnando la cuchara de mano de Ramón á la del Guardián, y de mano del Guardián á la de Ramón, dieron entre ambos fin á la cazuela de alubias, que, en honor de la verdad, á Ramón parecieron muy buenas y le pusieron el estómago como un reloj, porque á mucha hambre no hay pan duro, y el hambre de Ramón era canina.

Con gran asombro de Ramón, que creía las alubias sólo destinadas á hacer boca y esperaba la sucesión de una porción de platos á cual más apetitosos, terminada aquella refacción, que todos, incluso el Padre Guardián, sazonaron con un trago de agua, el Padre Guardián se puso á dar gracias á Dios por el alimento concedido á la Comunidad.

El maestro de hacer cucharas tuvo tentaciones de dar un gran escándalo diciendo que aquello no merecía que se diera á nadie gracias por ello, pero se aguantó pensando que más valía tener la tripa llena de alubias, pan y agua, que llena de viento, como hacía mucho tiempo la tenía.

—Ya ve, hermano, le dijo el Padre Guardián en la conversación de sobremesa, que aquí va á hacer verdadera penitencia.

—Padre, contestó Ramón, algo se ha de hacer en el mundo para ganar el cielo; pero explíqueme dos cosas que no acierto á comprender. Yo he oído decir que un tal Horacio dió licencia á los pintores y á los poetas para mentir cuanto les diese la gana, pero me parece que mienten demasiado los que pintan todas esas estampas en que no se ven más que frailes y curas sentados á opíparas mesas, ó regodeándose entre toneles ó botellas de exquisitos vinos.

—Hermano, esas son licencias pictóricas, que paga la propaganda de sectas disidentes para calumniar y desacreditar al clero católico.

—¡Ah, ya! Lo comprendo perfectamente, aunque no lo apruebo; pero sáqueme, padre, de otra duda. Si todas esas delicias gastronómico-báquicas son pura licencia pictórica, como en efecto lo son, según lo que veo en esta santa casa, ¿en qué consiste que todos estos benditos religiosos, incluso Vuestra Paternidad, están tan gordos y tan guapos, que da gloria de Dios el verlos?

—Consiste, hermano, en que la tranquilidad de la conciencia es lo que más engorda al hombre.

En este punto el maestro de hacer cucharas, que en asuntos de conciencia era muy lego, se quedó con su duda; pero se la guardó para sí, pensando que las alubias, el pan y el trago de agua le habían puesto el estómago como un reloj.

III

De orden del Padre Guardián proveyóse al escultor de las herramientas necesarias; se trasladó el tronco del peral á la habitación que se había destinado para su estudio, y el escultor comenzó su trabajo, después de pedir y concedérsele, que nadie, incluso el mismo Padre Guardián, entrase en aquella habitación, á fin de que nadie fuese á perturbar su inspiración artística.

Pasaron días y más días, y Ramón, que parecía el espíritu de la golosina cuando llegó al convento, se iba poniendo tan gordo y guapo. En la tranquilidad de su conciencia no debía consistir esta mejoría, porque ó no la tenía, ó la tenía más negra que el carbón el que por llenarse la tripa engañaba á aquellos benditos frailes haciéndoles creer que sabía hacer santos, cuando con muchísima razón le habían puesto en su pueblo por apodo el maestro de hacer cucharas, porque no sabía hacer nada; pero la verdad era que las alubias estaban muy bien guisadas; alguno que otro día se reemplazaban con lentejas ó patatas, estas últimas con su pizquita de bacalao, y los días de incienso hasta se sustituían con un potaje de garbanzos y espinacas, que era para chuparse los dedos. Naturalmente, esto era gran cosa para el que hacía mucho tiempo se acostaba con una ración de hambre y se levantaba con otra de necesidad, aunque el hombre tuviera la conciencia como un tizón. Así era que Ramón, si algo pedía á Dios en sus cortas oraciones, era que le permitiese vivir en aquella santa casa el más largo tiempo posible. Lo único que le mortificaba un poco era que la ración que compartía el Padre Guardián con él le dejaba siempre con gana de algunas cucharadas más, porque el Padre Guardián era mucho más diestro que él en colmar la cuchara; pero aun de esto se consolaba pensando que es sapientísima máxima higiénica la de que el que no quiera que le empache un manjar, lo conseguirá infaliblemente absteniéndose de hartarse de él.

La Comunidad toda, y particularmente el Padre Guardián, ardían en deseos de que terminase la imagen del glorioso san Cristóbal, que debía representar á este gran santo pasando un río, apoyado en un tronco de árbol que le servía de bastón, y con el Niño Dios en sus hombros, y no cesaban de preguntar á Ramón á qué altura llevaba su trabajo.

—Ya le tengo á la altura de la cabeza, contestó Ramón un día. Pero al siguiente se presentó al Padre Guardián, lleno de consternación.

—¿Qué le pasa, hermano? le preguntó el Guardián alarmado.

—Padre, me pasa, ó mejor dicho, nos pasa una gran desgracia, con que sin duda Dios ha querido castigar mi vanidad artística. Tenía ya casi concluido el san Cristóbal, con perfección tal, que... lo confieso, Padre, la vanidad más pecaminosa se había apoderado de mí, y cuando iba á emprender con la cabeza, que era lo único que me faltaba, me he encontrado con un condenado nudo en el trozo correspondiente á ella; de modo que he perdido todo el trabajo, y tenemos que renunciar á hacer del tronco del peral la imagen del glorioso san Cristóbal.

—¡Qué dolor, hermano, qué dolor! exclamó el Padre Guardián desconsolado. Un santo tan grande...

—Por lo mismo, Padre, que era un santo tan grande...

—No hablo, hermano, de la grandeza corporal del santo sino de la espiritual.

—Es verdad que la grandeza espiritual y corporal corrían parejas en el glorioso san Cristóbal.

Toda la Comunidad participó del dolor del Padre Guardián cuando supo aquella gran desgracia.

—Una cosa me ocurre, Padre Guardián, dijo el escultor después de un rato de profunda meditación. Vuestra Paternidad tenía en tal estima el tronco del peral, que quería santificarle convirtiéndole en un santo.

—Es verdad, hermano, que no otra cosa merecía el tronco del árbol que con tan apacible sombra y tan sabrosas peras me había regalado durante muchos años.

—Pues en ese caso, si á Vuestra Paternidad le parece, ya que no podamos hacer de él un san Cristóbal, haremos un santo más pequeño: por ejemplo, un san Juan Evangelista, que, como mozo imberbe en la época de su vida en que se le representa, no había llegado aún al complemento de su estatura.

—Me parece muy bien, hermano, contestó el Padre Guardián lleno de alegría. Y ciertamente que san Juan Evangelista, el discípulo más amado de Jesús, no fué santo menor que san Cristóbal en lo espiritual, aunque en lo corporal lo fuese. Nada, nada, hermano, haga un san Juan Evangelista de la madera que le quede útil.

—Así lo haré, Padre Guardián, y ruegue á Dios que no tengamos una nueva desgracia, porque los nudos son la desesperación de los artistas que trabajamos en madera.

—Es verdad, hermano, y en prueba de ello le voy á contar una anécdota curiosa. Uno de nuestros religiosos fué á confesar á un carpintero que se hallaba en peligro de muerte, y como le preguntase si perdonaba á todos los que le habían hecho daño, le contestó el carpintero: «Sí, Padre, á todos los perdonó, menos á los nudos, que son los que me han hecho desesperar en esta pícara vida.»

—Pues yo contaré á Vuestra Paternidad cosas no menos curiosas en ese punto. ¿No ha oído Vuestra Reverencia contar lo que hizo el diablo con el glorioso san José cuando el Santo trabajaba de carpintero?

—No, hermano; cuéntemelo, que bien necesito que me distraigan un poco del dolor que me ha causado la triste noticia que ha venido á darme.

—Pues ha de saber, Padre, que el diablo se daba á doscientos mil demonios viendo que el santo carpintero no tenía por donde él pudiera echarle la uña, y que hasta las malas partidas que le jugaba venían á resultar en beneficio del Santo, y aun del arte, como sucedió con lo de la sierra.

—¿Qué fué eso de la sierra, hermano?

—La sierra era entonces un instrumento imperfecto, pues como sus dientes formaban línea recta en vez de estar, como ahora, ladeados alternativamente á derecha é izquierda, corría poco, y era necesario darle sebo á cada instante para que corriese. El diablo pescó una noche la de san José y con un alicate le fué ladeando los dientes, y después de hacer esta operación se marchó muy satisfecho, creyendo que el Santo iba á echar sapos y culebras por la boca cuando se pusiese á aserrar y viese que la sierra no hacía más que magullar la madera. Abrió san José su taller la mañana siguiente, cogió su sierra, se puso á aserrar y se quedó agradablemente sorprendido al ver que la sierra, sin darle sebo ni nada, adelantaba más entonces en un minuto que antes en un cuarto de hora. Examinándola, vió en qué consistía aquello, y adivinando que era efecto de alguna trama del diablo, convertida por Dios en adelanto del honrado arte de la carpintería, llamó *tramar* á la operación hecha por el diablo en la sierra, y así se llama aún aquella operación.

Al Padre Guardián, como era tan bendito, le entró tal risa al oír el cuento del maestro de hacer cucharas, que

se tumbó en su sillón celebrando el chasco que se había llevado el diablo.

—Pues oiga Vuestra Reverencia, continuó Ramón, otro chasco que el enemigo malo se llevó con el glorioso san José.

—Cuenta, cuenta, hermano, dijo el Guardián conteniendo aún con dificultad la risa.

—Entonces, para alisar la obra labrada con azuela ó hacha, se usaba un pedazo de madera dura, que se pasaba y repasaba sobre ella. Una noche cogió el diablo el alisador de san José y se entretuvo en embutir en él la parte inferior de un formón, de modo que estuviese tan disimulado que el Santo no lo conociese, y cuando fuese á alisar la madera, el corte del formón, que apenas sobresalía media línea del alisador, le magullase la obra. San José, apenas abrió el taller la mañana siguiente, cogió el alisador y se puso á alisar una tabla, y se quedó agradablemente maravillado al ver que de dos boleos quedaba la tabla como la seda. Al ir á averiguar en qué consistía aquello, echó de ver la pillada del diablo, y burlándose de él, exclamó: ¡*Ce pillo!* (porque el Santo ceceaba un poco, cosa que daba mucha gracia á su conversación), y desde entonces le quedó el nombre de *cepillo* al alisador perfeccionado por el diablo, con gran adelanto del honrado arte de la carpintería.

Al Padre Guardián, que era una alhaja para lector ú oyente de los cuentistas que tienen poca gracia como yo para contar, le entró de nuevo tal risa, que el maestro de hacer cucharas creyó que se desternillaba.

A fin de contenerla, el maestro de hacer cucharas se apresuró á continuar:

—Cansado el diablo de hacer al Santo jugarretas, en que siempre le salía el tiro por la culata, se puso á idear una diablura de padre y muy señor mío, y al fin dió con ella. Cogió un poco del venenillo que destila la lengua de los envidiosos y maldicientes, que son una misma cosa, derramó gotas de él en la madera en que iba á trabajar el Santo, de cada gota resultó un nudo más duro y empedernido que el corazón de los egoístas, y cuando el santo carpintero se puso á trabajar, los nudos le hicieron tan mala obra, que perdió la paciencia de tal modo, que si no hubiera sido un carpintero tan santo y bien emparentado, de seguro no hubiera ido al cielo.

Dejando aún al Padre Guardián tumbado en su sillón reventando de risa, el maestro de hacer cucharas se fué á hacer el san Juan Evangelista.

IV

Así el Guardián como la Comunidad molían al escultor pidiéndole noticias del santo Evangelista, porque hacía ya meses que había emprendido aquella nueva escultura, y no les llegaba la camisa al cuerpo, temerosos de que el diablo se la echase á perder derramando en la madera alguna gota del venenillo de marras, que diese por resultado un nuevo nudo.

En cuanto al escultor, aseguraba que la obra iba á su gusto y no tardaría en terminarla, y aunque no echaba barriga, como la había echado el Padre Guardián y los frailes, sin duda porque tenían la conciencia más tranquila que él, pedía á Dios que le permitiese hacer penitencia el resto de su vida en aquella santa casa, porque desde que entró en el convento tenía el estómago tan arregladito cuanto desarreglado le tenía antes de entrar.

Pero cate usted que un día se presenta al Padre Guardián, exclamando lleno de consternación:

—¡Ay, Padre Guardián, qué gran desgracia!

—Hermano, ¿qué es lo que ocurre? le preguntó el prelado con los pelos de punta.

—Lo que ocurre es que al ir á esculpir la cabeza del Evangelista para dar por terminada mi obra, me he encontrado con un enorme nudo en ella.

—¡Por vida de los nudos de mis pecados! exclamó el Guardián perdiendo la paciencia por la primera vez de su vida; pero recordando que aquellos nudos podían ser obra del diablo, para que la perdieran él, el escultor y la Comunidad, hizo un gran esfuerzo para recobrarla, la recobró, y preguntó al escultor con mucha calma:

—Y dígame, hermano, ¿tendremos que perder toda esperanza de convertir en veneranda imagen el peral que tan grata sombra y tan sabrosas peras me dió?

—No, reverendísimo Padre: aun puedo hacer con lo que queda de su tronco una imagen, por ejemplo, la de la Virgen María, que naturalmente, como mujer, era de menos estatura que san Cristóbal y san Juan Evangelista.

—¡Alabado sea Dios por el consuelo que nos proporcionó con esa idea! exclamó el Padre Guardián alzando los ojos al cielo. Haga, hermano, la imagen de la Virgen María, y así saldremos ganando con no haberle permitido al enemigo malo hacer la de san Cristóbal ni la de san Juan Evangelista! que, aunque fueran grandes santos, su santidad no admite comparación con la de la Madre de Dios!

El maestro de hacer cucharas se adhirió en un todo á *este parecer del Padre Guardián*, y volvió á encerrarse en su estudio por espacio de meses enteros, en que diariamente encargaba á los religiosos, cuando de sobremesa se hablaba de su obra, que procurasen con sus oraciones ahuyentar al diablo para que no se la echase á perder con algun nuevo nudo.

Los buenos religiosos no omitían medio de cumplir aquel encargo; pero á pesar de esto, los temores del escultor y la Comunidad se realizaron, porque días después de haber anunciado el primero que se acercaba el término de su obra, anunció, lleno de consternación, de que participó la Comunidad, y muy particularmente el prelado, que el diablo con su nuevo nudo le había echado á perder por tercera vez la escultura.

—Hermano, dijo al artista el Padre Guardián, no puedo resignarme á abandonar la esperanza de convertir el tronco del peral, que tan grata sombra, y sobre todo tan sabrosas peras me regaló por espacio de muchos años, en un objeto sagrado, ó cuando menos, si sagrado no pudiese ser, en un objeto profano.

—Sagrado ha de ser, Padre Guardián, contestó el escultor con resolución tal, que llenó de esperanza y alegría al prelado y aun á toda la Comunidad. Es verdad que la madera que nos queda del tronco del peral tendrá la altura de un perro sentado; pero aún así puede salir de ella un precioso Niño Jesús.

—¡Hermano, Dios le bendiga por esa idea! exclamó el Padre Guardián, y toda la Comunidad le hizo coro con un *amén*. ¡Un Niño Jesús! la imagen del Redentor dos veces santa por su personificación divina y por su representación de la gracia y la inocencia humanas!... Sí, hermano, háganos de mi querido peral una imagen del Niño Jesús.

El maestro de hacer cucharas volvió á encerrarse en su estudio, y la Comunidad á matarse para ahuyentar de él al diablo, temerosa de que volviera á hacer alguna de las suyas. En cuanto al Guardián, era tanta su alegría con la esperanza de que su querido peral se iba á convertir en una preciosa imagen del Niño Jesús, que hasta se le

augmentó con ella el apetito, á pesar de que, gracias á Dios, siempre había sido bueno, con gran sentimiento del maestro de hacer cucharas, que no había encontrado medio de colmar la suya como el Padre Guardián, y por tanto salía muy perjudicado en el reparto de la refacción.

Meses hacía que el escultor se ocupaba en la obra del Niño Jesús, cuando un día se presentó al Guardián muy afligido, participándole que una vez más le había echado á perder el diablo la obra con un nuevo y terrible nudo.

El Padre Guardián se echó á llorar al ver que había desaparecido su última esperanza; pero el escultor le consoló sacando de debajo de la blusa un cucharón de madera, y anunciándole que por fin había conseguido utilizar la del peral haciendo con ella aquel utensilio de refectorio, que permitiría al humilde artista no profanar con sus pecadores labios la cuchara de los santos del prelado.

—¡Ah, hermano! exclamó el Padre Guardián arrebatándole el cucharón, esta cuchara ha de ser para mi uso, que siendo hecha de la madera de mi querido peral, el alimento que tome con ella me será doblemente sabroso. Vamos al refectorio, donde ya nos espera la Comunidad; que tengo ansia de estrenar esta preciosa cuchara.

El maestro de hacer cucharas, al ver que le había salido el tiro por la culata, como al diablo cuando se las hubo con el glorioso san José, tuvo intenciones de romperse el bautismo saltando por la ventana. Se había propuesto proveerse de una cuchara que, aun sacándola cortésmente del plato sin colmarla, le proporcionase doble ración, y se encontraba con que había trabajado para el obispo ó, lo que venía á ser lo mismo, para el prelado.

La desesperación del maestro de hacer cucharas dejó vacío el plato, y á su compañero de manducatoria poco menos que alpiste.

—Esto va mal y retamal, dijo para sí al retirarse del refectorio con la tripa poco menos que llena de aire, como cuando entró en el refectorio por primera vez. ¿Y qué es lo que yo me hago ahora? Si tomo el portante por esos mundos de Dios, vuelvo á las andadas, es decir, á acostarme en ayunas todas las noches. Y si permanezco aquí como huésped, cosa que es muy dudoso se me permita después de haberse visto, ó cuando menos sospechado, que sólo me corresponde el título de maestro de hacer cucharas, el Padre Guardián me hará ladrar de hambre con ese maldecido cucharón fabricado por mí. Lo que á mí me conviene es ingresar en la Comunidad con derecho propio, ó hablando en plata, meterme fraile en este convento. Sí, señor; decididamente me meto fraile y así tendré como cada quisque mi cuenco de potaje, que despacharé sin andar en comanditas, porque ni á Cristo Padre daré yo parte en mi refacción, y pronto empezaré yo á echar barriga como los demás religiosos, tanto más, cuanto que entonces tendré la conciencia tan tranquila como el primero de estos siervos de Dios.

Dichó y hecho: Ramón, que casi se llamaba ya á sí mismo fray Ramón, hizo en toda regla su petición de que se le admitiera de hermano lego, y el Guardián, antes de resolver, consultó el caso con el hermano Séneca que, por supuesto estaba bien enterado de los antecedentes del peticionario, y ya más de una vez se había mostrado reservado y caviloso cuando se trataba de él.

El dictamen del hermano Séneca fué el siguiente:

—Dios es un Señor infinitamente bueno, sabio, poderoso y justo, y el deseo de llenar la tripa sin trabajar no es suficiente mérito para ser admitido á su servicio. Los que no ven más allá de sus narices intelectuales, y otros que, aunque vean, hacen que no ven, suponen que éste



PROYECTO DE MONUMENTO Á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

POR AGAPITO VALLMITJANA

es el único mérito que nos abre á los frailes las puertas del convento, y ni Dios, ni nosotros podemos asentir con hechos á esta suposición de los que no ven más allá de sus narices intelectuales, ó, aunque vean, hacen que no ven.

El Padre Guardián, en vista de este dictamen, despidió del convento al maestro de hacer cucharas con un *non posumus*, una bendición y un zoquete de pan.

¿Y qué ha sido del maestro de hacer cucharas? Yo se lo diré á ustedes: se metió á hombre político y se las bandeó muy bien, unas veces como republicano, otras como carlista, otras como zorrillista, otras como sagastino, otras como canovista, y otras como moderado. Más aún les diré á ustedes, es hombre de tal influencia en la política española, que á él se deben principalmente todas las grandes desventuras que España ha experimentado en estos últimos años, desde que las inició el derrumbamiento del trono de San Fernando, hasta que las coronó el derrumbamiento del árbol de las libertades vascongadas!

ANTONIO DE TRUEBA.

Manila y sus alrededores

FOR EL

DR. SAMUEL KNEELAND

(CONCLUSIÓN)

Las calles están iluminadas por el petróleo, porque las cañerías para el gas no pueden establecerse en un suelo tan movedizo. En las casas particulares y en todas las tiendas se usan velas y unas grandes lámparas alimentadas con aceite de coco; por donde se ve que el temor á terremotos imprime un sello especial á las costumbres públicas de todas las clases. Las viviendas de los indígenas las constituyen de bambúes, cubriéndolas de hojas de nipa. Afortunadamente, esta construcción es baratísima y rápida, pues á causa de la combustibilidad de estos materiales y del sistema de iluminación son muy frecuentes, en estas barracas, los incendios.

Siendo tan escasa la población, el aspecto de la ciudad tiene poquísimo interés para el viajero. Las calles son angostas y lóbregas, transitando por ellas casi exclusivamente sacerdotes, empleados del gobierno y mercaderes chinos, que son los que habitan las casas más sólidas y oscuras. Esto, por lo que respecta á la ciudad antigua, la cual no participa, ciertamente, de la actividad de la moderna, tan llena de conventos, hospitales, escuelas y otros locales que atraen la concurrencia. Su aspecto es el de una estéril decadencia, y su sociedad se compone exclusivamente de órdenes religiosas y pequeñas camarillas. Los españoles peninsulares miran con cierto menosprecio á los isleños, y éstos hacen otro tanto con los mestizos y los indios. Estas capas sociales parece que se confunden durante el día, merced á las exigencias de la vida, pero esta confusión es la del agua y el aceite, que se separan en cuanto cesan de agitarse. Cada clase social vive en un ambiente propio y distante de los demás, de donde resulta que no pueden concertarse para ningún fin político, situación que al gobierno de la metrópoli le tiene cuenta y que se guardará muy bien de modificar en cuanto de él dependa. El único punto sobre el cual parece existir una completa unidad de sentimientos en el terreno oficial, es

la ojeriza á los extranjeros, siendo de notar que los chinos son, de todos, los más odiados.

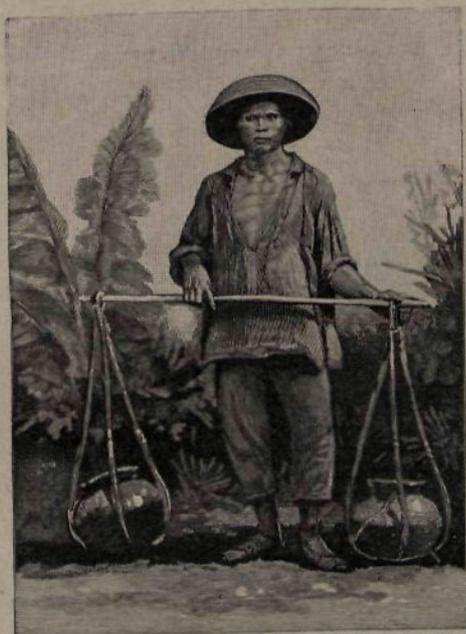
Los teatros son insignificantes, los conciertos muy raros, no hay bibliotecas públicas, pero sí muchos bailes, y casi todos los domingos riña de gallos. El establecimiento de los refideros lo consiente el gobierno mediante una contribución que produce anualmente muy buenos rendimientos en el archipiélago, aunque de algunos años acá tiende á disminuir de una manera considerable. Las riñas suelen celebrarse los domingos y demás días festivos desde la salida de misa mayor hasta la puesta del sol. Las apuestas son limitadas por la ley á la cantidad de cincuenta pesos fuertes, pero, en realidad, las hacen mucho más altas. El indio cuida meses enteros á su gallo con paternal cariño, poniendo sobre su cabeza cuanto posee, con lo cual expone en menos de un minuto lo que adquirió y conservó á costa de grandes y prolongados sacrificios. El largo puñal que llevan atado á la pata izquierda equipara el gallo más cobarde al más fuerte y valeroso. Se han hecho algunas tentativas para suprimir este vicio nacional; pero no habiendo producido nunca otro resultado que un general y peligroso descontento, el gobierno ha acabado por renunciar á su propósito, contentándose con sacar una buena renta de este vicio, imponiéndole algunas restricciones para evitar el menoscabo de la propiedad pública. Agrúpase la muchedumbre ávida de contemplar aquel popularísimo espectáculo, que resulta muy animado y alegre con el estrépito incesante de los concurrentes y de los gallos atados por la pata, formando largas hileras, no menos que por la charla de sus amos, que vociferan como unos energúmenos al hacer sus apuestas. Yo he visto pagar cincuenta pesos por un gallo, al cual su amo acariciaba como un ser mimado, llevándolo amorosamente en sus brazos y pasándole, sin cesar, la mano por el cuello y la cola. Para él era el belicoso volátil lo que el caballo para el jockey ó el perro para el cazador: un amado compañero.

Las rentas de las islas provienen de una contribución directa llamada *tributo*, impuesta á todos los indios, mestizos y chinos y al tabaco, derechos de exportación é importación y el impuesto sobre la renta. Estos réditos empleanse en la colonia.

El único producto que va á España es un gran número de hojas de tabaco. Las principales exportaciones á los Estados Unidos, Europa y Australia son cáñamo, azúcar, tabaco y cigarros, café, cacao, maderas tintóreas, arroz, pieles, sombreros y tejidos vegetales.

Las mujeres tagalas suelen tener el talle erguido y las facciones groseras, y sobre todo las que acuden todas las mañanas, desde los pueblos circunvecinos, á vender verduras y frutos; pero su vestido es sumamente pintoresco por la brillantez de sus colores. Consiste en una camisa corta de tela ligera, usualmente blanca como la nieve, de fino cáñamo ó *sinamay* y con frecuencia de considerable valor, una saya ó sarong de brillantes colores que se extiende desde la cintura hasta los pies, cubriéndola á modo de delantal un tapiz cuadrado y de pliegues de ropa oscura, tan ceñido á las caderas, que las obligan á dar unos pasos muy cortos, produciendo en el traje un contraste que lo realza muy agradablemente. Por regla general no se lleva en las demás provincias ni suelen usarlo las mestizas españolas. No siempre llevan camisa y zagalejo, resultando de ahí que muchas veces es su traje sobradamente primitivo. Échanse á las espaldas un mantón con el cual se cubren á menudo la cabeza y que les da un aire muy poco gracioso, haciéndolas parecer á veces jorobadas

Calzan unas diminutas chinelas que apenas les cubren los pies, sujetándolas tan sólo con los dedos meñiques. Es un calzado bastante malo y muy poco á propósito para la limpieza de los pies. Por regla general los tienen pequeños, y para realzar el efecto de las chinelas suelen pintar los talones de color encarnado. La mayoría de los niños no llevan más ropa que su propio pellejo. El traje de los hombres consiste en una camisa clara, más ó menos fina, y generalmente blanca ó cenicienta sobre los pantalones. El sombrero, que llaman *salacot*, es de forma semiesférica ó puntiaguda, fabricado con juncos, hierbas y bambúes



From Harper's Magazine.—Copyright, 1890, by Harper & Brothers.

Tipo tagal

del país, y no tiene precio para preservarse del sol y de la lluvia. Su valor varía entre 20 céntimos y varios pesos, y los hay ricamente adornados de plata.

Los mestizos son las razas más vigorosas y opulentas de las Filipinas, ora procedan de sangre española ó china.

Uno de los tipos más interesantes de Manila es el de la cigarrera. Al ponerse el sol vese todos los días á centenares de mujeres saliendo en grupos de un largo y bajo edificio próximo á uno de los puentes, todas vistiendo el sencillo y pintoresco traje de las indias. Las hay de todas edades, desde los veinte hasta los cincuenta años, y las más de ellas tienen hermosos ojos, magnífica cabellera y rostro agradable, aunque de bastas facciones. Muchas de estas mujeres, que trabajan en las factorías del gobierno y de los particulares, son chinas mestizas, como claramente lo indica la posición oblicua de sus ojos, á pesar de que por otra parte tienen las mejillas anchas como la raza malaya. El número total de personas empleadas en esta industria, en la ciudad y en sus alrededores, asciende próximamente á 22,000, de las cuales sólo 1,500 pertenecen al sexo masculino. La capa exterior del cigarro la hacen con una ó dos hojas alisadas por unas pequeñas piedras y las llenan de pequeños pedazos de tabaco arrollados, uniéndolas en ambos extremos por una pasta. Después los cortan con unas tijeras. Esta labor la hacen sobre unas mesas de madera, que no alcanzan sino un pie del suelo, en unas habitaciones muy bien ventiladas. En cada una de ellas hay centenares de obreras. A cada lado de la mesa hay diez de ellas. Estos muebles tienen cerca de un

metro de anchura y están situados el uno muy cerca del otro, no quedando sino un angosto paso. Todas se sientan sobre sus talones ó en unos taburetes de bambú que no tienen sino dos pulgadas de alto. Sólo un tagal es capaz de mantenerse en una posición tan incómoda por espacio de tantas horas. Los únicos instrumentos que usan son los dedos, los martillos, las tijeras y la pasta. Meten un ruido insoportable, golpeando la mesa con sus manos de almirez de piedra y con su charla incesante, á la cual no pone coto sino la aparición del inspector. Van á la fábrica muy de mañana y salen de ella al anochecer, debiendo muchas de ellas cruzar largas distancias á pie ó en botes para volver á sus casas. En aquellos momentos ofrece un animado cuadro aquella bulliciosa y alegre muchedumbre.



From Harper's Magazine. Copyright, 1890, by Harper & Brothers.

Cigarrera

El tabaco ha sido siempre, y probablemente continuará siendo, la renta más importante de las Islas Filipinas, por lo que respecta al gobierno. La antigua legislación obligaba á los indios á cultivarlo en ciertas regiones en las cuales, con dificultad, se cubren las necesidades de la vida, prohibiéndoles, bajo severas penas, dedicarse á otro. Desde el mes de Enero de 1883 el cultivo, la venta y la manufactura de tabacos son libres, y esta libertad estimula la producción y el mejoramiento de la planta.

Los mejores cigarros se venden á buen precio. El trabajo de las factorías es puramente manual, pero es de esperar que esta industria no tardará en adquirir un gran desenvolvimiento con el auxilio de la maquinaria. La demanda del material no elaborado, ó sea en estado nativo, es allí desconocida.

Celébranse allí muchas fiestas religiosas, teniendo cada aldea un día consagrado á su santo patrono bajo la dirección del clero, que pertenece allí á todas las clases, desde el castellano rancio hasta el indio puro. Todos los días llevan el nombre de algún santo, al cual se honra, y cada católico tiene por protector y patrono aquel cuyo nombre lleva. Es una fiesta que ocupa el lugar de la del natalicio,

y se celebra con bailes y regocijos, á los cuales se invita especialmente á los tocayos.

En las fiestas de aldea se adornan é iluminan las casas y álzanse en las calles arcos de flores, colgando de ellos muchos farolitos; sitúanse bandas de música en las plazas, y las danzas, los teatros y los fuegos artificiales animan y alborozan á la muchedumbre. Todos abren sus casas, obsequiando á los visitantes en la medida de sus facultades, y no se ve nunca, en medio de tales y tan agitados concursos, ninguna reyerta ni caso alguno de borrachera, lo cual debe atribuirse, en gran parte, á la prohibición de expender públicamente bebidas espirituosas.

Los actuales indígenas del archipiélago son indudablemente de linaje malayo; tienen el mismo carácter, el mismo aspecto y costumbres que las ramas bárbaras de esta raza, pero sus facciones son más agradables. Los de las islas meridionales tienen más semejanza con los mala-

juego. Su amor al fausto y á la ostentación lo descubren en el vestido, en sus casas y en sus ceremonias religiosas. Aman el dinero, y muchos de ellos son bastante industriosos, mas no son capaces de hacer un esfuerzo para adquirirlo. La naturaleza provee al indio de arroz, frutos, hierba y pescado, y su propio pellejo es su principal vestido. Por ahí se podrá comprender cuán poco experimenta la necesidad de trabajar. Sus ideas, respecto á la propiedad, participan mucho de la teoría platónica desarrollada en el tratado *De la República*. Su aldea es su mundo, y los juegos, las distracciones y los pesares de sus vecinos los considera como propios; su casa está siempre abierta y su mesa aparejada para el amigo y el extranjero y no comprende que pueda existir un bienestar privado distinto del bienestar público: quiere el bien para todos.

El indio es, á su manera, un filósofo; tiene pocas necesidades y las satisface fácilmente, llevando una vida sencilla y apacible bajo las palmeras de su delicioso clima. En la cabaña erigida á orillas del río que se desliza entre bananos y bambúes y rodeada de árboles y flores, pueden encontrarse muchas parejas representando al vivo á Pablo y Virginia, y que sería una lástima afligir con las reyertas, los celos, la codicia y las pasiones de la civilización. Pero ¡ay! esa sencillez arcadiana no puede subsistir mucho tiempo allí donde impera la influencia europea.

Los lazos de familia son estrechos entre aquellos naturales, pero tienen, como hemos dicho, ideas muy especiales acerca de lo que llamamos la propiedad. La costumbre que ambos sexos usan, sin distinción de edades, de ocupar juntos una misma habitación día y noche, no es muy idónea para conservar la moralidad ni la limpieza. Son veraces y respetuosos como criados, intrépidos en el peligro y soldados y marinos excelentes, y tienen, ade-



From Harper's Magazine.

Copyright, 1890, by Harper & Brothers.

Una calle de los suburbios con chozas de nipa

yos que los tagales de Luzón, más ó menos mezclados con los chinos, japoneses y negritos.

Son una raza de hermosas formas y gallarda estatura, tez cobriza, cabellera negra y ruda y barba rala; tienen la cabeza bien formada, aunque aplastada en su parte inferior, la nariz deprimida, las mejillas prominentes, el rostro ovalado, la barba estrecha, la boca ancha, con los labios delgados y la dentadura blanca y robusta, los ojos negros y brillantes y los pies pequeños.

Son en número de cinco á seis millones ó tal vez más, están sujetos á escasos tributos, no necesitan trabajar mucho para su manutención, y alegran su existencia muchas fiestas de carácter semirreligioso. Por lo demás, tienen una grande afición á la música, al baile, á las riñas de gallos y al juego de la lotería. Estas dos últimas son especialmente autorizadas por el gobierno. Por regla general, desempeñan el oficio de criados, labradores, empleados del gobierno y á veces oficiales de pequeña graduación. Raras veces ocupan posiciones de responsabilidad, pues aunque habituados á las costumbres de la civilización, son unos niños grandes, voluntariosos, volubles, imprevisores, poco amantes del trabajo y grandemente aficionados al

más, una imaginación que les sugiere toda suerte de recursos para salir de un mal paso. No les preocupa mucho la idea de la muerte, como no sea para desear unas espléndidas exequias, y tienen escasa fe en los escapularios que llevan; mas en cambio conservan en el fondo de su ánimo las supersticiones peculiares de su raza, creyendo á pie juntillas que las almas de sus antepasados habitan los bosques de las islas.

Generalmente las casas de los indígenas son hechas de bambú y cañas, cubiertas con hojas de palma de nipa y sostenidas por postes de madera, y tan baratas que la vivienda de dos recién casados no suele costar más allá de quinientas libras. Estos nidos humanos fabricanse habitualmente en los más hermosos paisajes de las orillas de los ríos, allí donde es más opulenta y poética la vegetación, rodeados de jardines con estanques, por donde discurren graciosamente los cisnes, con barracas para los baños y amarradas á la orilla las canoas provistas de los avíos para la pesca.

Traducido del inglés por

J. COROLEU.

NUESTROS GRABADOS

Proyecto de monumento á Miguel de Cervantes Saavedra

POR AGAPITO VALLMITJANA

Es indudable que á Cervantes no se ha erigido en España un monumento que sea digno de su fama universal é imperecedera. Acaso la magnitud del intento ha arredrado á los artistas para emprenderlo, porque en verdad se hace difícil que la arquitectura y la escultura inventen algo que en grandeza corresponda al mérito insigne de Cervantes y á las bellezas de su admirable fábula de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Agapito Vallmitjana, el laureado escultor de cuyo talento tendrán noticia todos nuestros lectores, enamorado de Cervantes



ESTATUA DE SANCHO PANZA

y de sus obras, ha querido prestarle tributo de admiración, componiendo y modelando el proyecto de monumento que damos en este número, fielmente reproducido por la fototipia. Casi es excusado que señalemos el acierto con que ha realizado su propósito, porque la inspección de la lámina lo dice bastantemente. Adoptando la forma piramidal, casi la única posible tratando de coronar el monumento con la estatua, á pie, del personaje á quien se dedica, ha procurado Agapito Vallmitjana imprimirle un carácter español por medio de la ornamentación que en algunos detalles presenta ciertos dejos de arabesca. Pensando en Cervantes hubo de pensar en seguida, primero y sobre todo en su *Don Quijote*, porque sin disputa es la obra privilegiada de su privilegiadísimo ingenio. Detalles felices, como pintura del corazón humano y de sus pasiones y miserias hay en las *Novelas ejemplares*; primores de concepto y de dicción en *Persiles y Sigismundo*, pero éstas y las demás creaciones de Miguel de Cervantes, se quedan tamañitas ante su colosal novela, su prodigioso poema, de una originalidad no superada por ninguna otra de las humanas creaciones en las letras, pintura exacta del hombre en lo que tiene de más sublime, trasunto también fidelísimo del buen sentido popular español, así en lo que ofrece de bueno y honrado, como en sus malicias, sátiras y donaires, modelo inimitable de delicadeza y de gracia, serie de portentos en la manera de expresar los más difíciles conceptos, patrón del estilo y del lenguaje castellanos reconocido por cuantos han estudiado á fondo el gallardo idioma de Castilla. Esta concepción maravillosa se impuso, pues, á la imaginación de Agapito Vallmitjana, cuando pensó en componer, y luego después cuando llevó á ejecución, su proyecto de monumento á Cervantes, obrando en esto con plausible acuerdo, porque los monumentos que se dirigen á todas las clases sociales, á los

doctos como á los ignorantes, es fuerza que hablen claro y que sinteticen en pocas formas gráficas lo que el artista se haya propuesto recordar y conmemorar con ellos. La gloria mayor de Cervantes fué, ha sido, es y será el *Don Quijote*, y por ello el escultor catalán colocó en lo alto de la pirámide la estatua retrato del ilustre autor, dándole la majestad y nobleza que resplandecen en su poema y los rasgos que han marcado sus más minuciosos biógrafos, poniendo á los dos lados, en el segundo cuerpo, las estatuas de Don Quijote y de Sancho Panza, las dos imperecederas figuras que él creó, y figurando á la Fama que premia con coronas aquella peregrina invención simbolizada, como decimos, en sus dos principales personajes.

No menos afortunado se muestra Agapito Vallmitjana en las dos estatuas que separadamente pueden verse en las páginas 81 y 93 de este número, pudiéndose apreciar perfectamente sus bellezas escultóricas. Caballero Don Quijote en Rocinante alza los ojos al cielo, indicando que sus quimeras, si lo fueren, pertenecen á una región ideal en la que puede apreciarse toda la hermosura del alma humana, de sus aspiraciones y de sus ensueños. Gallardo aparece el caballero manchego, con el lanzón á punto de emplearlo en desfacer entuertos, sin que en nada resulte ridículo, como no lo son sus empresas, á pesar de los palos, manteamientos, sustos, quebrantos y desdichas de toda suerte que le valieron. Por contrario sentido va Sancho sobre el rucio, caída la cabeza como dormitando, doliéndose de las fatigas que ha de soportar, pero siguiendo y obediendo á su amo, admirándole en medio de sus locuras, y queriéndole siempre, como aquellos viejos servidores españoles que antes morían que abandonar á su señor, y menos admitir en él mácula ni defecto alguno. A lo alto señala Don Quijote; á la tierra señala Sancho Panza, y allá se van con sus caracteres las respectivas caballerías, porque Rocinante anda al paso, pero moviéndose como corcel de hidalgo, que quiere mostrar bizarría, y el rucio camina reposadamente, sin alzar apenas los cascos del suelo, según lo demanda el aire del escudero que lo monta. Estas dos estatuas componen muy bien el centro del monumento, dándole variedad de líneas, atrayendo la atención del espectador que de ellos pasa á la estatua de la Fama, y seguidamente á la del famoso escritor, gloria de las letras patrias y regocijo de los españoles, y aun de los extranjeros, pasados, presentes y venideros.



En un desierto vivía un cuervo que había construido su nido sobre uno de los árboles más altos. Bajo este mismo árbol una enorme serpiente había establecido su domicilio, en uno de esos montones de tierra que forman las hormigas blancas. Cuando el cuervo notó que tenía en la vecindad un enemigo tan peligroso, buscó la manera de alejarlo ó destruirlo. No encontrando este medio, y no pudiendo tampoco vivir tranquilo junto á vecino semejante, se dirigió á un zorro á quien conocía, y le participó sus inquietudes, rogándole al mismo tiempo que le ayudara con sus consejos y le sugiriera un medio de acabar con la serpiente.

— En un estanque formado por el río Varada, contestó el zorro al cuervo, vivían en otro tiempo gran número de peces de todas clases. Un cuervo marino fué un día á beber en aquel estanque, y viendo la multitud de peces que nadaban en sus limpidas aguas, deseaba hacer presa en ellos; pero el agua era tan profunda que no había medio de alcanzarles. Entonces recurrió á la astucia.

Acercándose á aquel lado del estanque donde vió mayor número de peces, tomó humildemente y con aire hipócrita la actitud de un penitente. Los peces, así que vieron al enemigo, huyeron despavoridos y se ocultaron en el fondo del agua. Sin embargo, al observar el aire modesto y humilde del cuervo marino, que permanecía por tanto tiempo inmóvil en su sitio, le preguntaron de lejos qué hacía allí.

— ¡Ay! contestó el cuervo marino con aire contrito y tono de lamento, he venido á esta orilla para expiar mis crímenes ejercitándome en la penitencia y para prepararme á bien morir. He sido, en verdad, autor de muchas

muerter, sobre todo de los de vuestra especie; pero al fin me he convertido y he tomado el oficio de penitente, en el que pienso permanecer por todo el resto de mi vida.

Los peces, al principio, desconfiaron de tales palabras. Pero viendo después que su conducta no venía á desmentirlas, poco á poco fueron familiarizándose con él, y acabaron por convencerse de que su conversión era realmente sincera y de que nada tenían que temer por su parte.

Antes de ejecutar su pérfido designio, el cuervo marino esperó algunos días: hasta que, comprendiendo que había ganado toda la confianza de los peces, un día que éstos se habían juntado todos á su alrededor, mostróse de repente sumido en profunda tristeza, llorando y gimiendo, y dando, en fin, señales de la más viva aflicción. Los peces, admirados de este súbito cambio, le preguntaron la causa del mismo.

—¡Ay, amigos míos! contestó el cuervo, lloro al pensar en las desdichas que bien pronto van á caer sobre vosotros, pues sé que estáis destinados todos á sufrir una muerte cruel. La ciencia secreta é infalible que poseo del tiempo y de las estaciones me dice que va á sobrevenir una sequía general, y que en el término de doce años no caerá ni una sola gota de agua: todos los ríos, estanques y lagunas quedarán bien pronto en seco, y todas las razas de peces que en ellas viven morirán horriblemente. Pero la amistad y la afección que he llegado á concebir por vosotros, me inducen á salvaros de la universal ruina, lo cual podré realizar fácilmente si aceptáis mi proposición. He descubierto, á cierta distancia de aquí, en una montaña, un gran charco de agua alimentado por una fuente que nunca ha de secarse. Si deseáis vivir y consentis en fiaros de mí, me encargo de iros transportando, unos tras otros sobre mi espalda, á sitio tan seguro.

A tales razones, los peces quedaron llenos de espanto: ni por un momento pensaron en dudar de la sinceridad del cuervo marino. No creyendo tener nada que temer de él, fiaron en sus promesas y se abandonaron á su perfidia. Así pudo ir sacando del estanque un pez cada día, empezando por el más gordo: lo ponía sobre su espalda y lo llevaba á la árida cima de una roca, donde lo devoraba á su placer.

Bien pronto fueron devorados todos los peces de aquel estanque. Quedaba solamente un cangrejo que, sospechando la traición del cuervo, resolvió castigarle como merecía. Para ello, le suplicó que le prestara el mismo servicio que había prestado á los peces. El cuervo marino, confiado, pone el cangrejo sobre sus hombros y lo transporta á la misma roca. Llegados allí, el cangrejo, no viendo agua por ningún lado, y sí sólo rocas peladas y multitud de restos de peces esparcidos aquí y allá, ya no dudó de la perfidia del pajaraco. Y no esperó más para darle su merecido: le cogió el cuello con todas sus patas, y le estranguló.

Después de haberse así vengado de aquel infame, volvió paso á paso á su antigua éstancia, donde continuó viviendo en paz como antes.

Cuando el zorro hubo acabado su cuento, dijo al cuervo:

—Así es como uno se deshace astutamente de aquellos á quienes se tiene interés en destruir. Busquemos ahora, añadió, algún artificio para destruir á tu enemigo, como el pájaro marino destruyó á los peces, y el cangrejo á él.

No bien cesó de hablar el zorro, que el cuervo le condujo á su domicilio, y le mostró el albergue de su peligroso vecino. En aquella sazón, el rey del país, que había ido á cazar en aquel bosque, pasó por el sitio donde

habitaban el cuervo y la serpiente, y sintiéndose fatigado, quiso descansar bajo el árbol donde se hallaba el nido de aquél. Después de quitarse su collar de oro y algún otro de sus principales ornamentos que dejó en el suelo, se echó á la sombra del árbol y se durmió. Mientras estaba sumido en profundo sueño, acercóse el zorro é hizo un signo al cuervo. Éste bajó sin ruido y, por consejo de aquél, tomó con el pico el collar de oro del rey y lo hundió en el agujero nido de la serpiente, retirándose después los dos en silencio.

Uno de los acompañantes del rey, que había advertido la maniobra, la explicó á su señor en cuanto despertó éste, quien llamó á sus gentes y mandó que cavaran la tierra en el sitio en que el cuervo había introducido el collar. Mientras se ejecutaban sus órdenes, la serpiente, que estaba dentro de su agujero, sintiéndose molesta, salió furiosa y quiso lanzarse sobre los que perturbaban su reposo; pero éstos hicieron caer sobre ella una lluvia de piedras hasta dejarla aplastada: después siguieron cavando hasta recobrar el collar de oro del rey.

Después de haber logrado así por la astucia la muerte de su enemigo, el cuervo vivió tranquilo y feliz en aquel mismo árbol en el seno de su familia.

(PAN-SHA-TANTRA).

Para purificar el agua no hay más que añadir á cada 12 litros de ella 50 centigramos de percloruro de hierro y 70 centigramos de carbonato de sosa cristalizado. Fórmase un precipitado que lleva consigo todas las impurezas que el agua contiene en suspensión, y la deja completamente clara á los 45 minutos.

La *Crema de Baco* se hace de la siguiente manera: Échese en una cacerola medio litro de buen vino blanco, azúcar, corteza de limón y canela: se hace hervir, y entretanto se toman siete ú ocho yemas de huevo y se baten hasta que queden bien mezcladas unas con otras: écheseles entonces por encima el vino imprimiéndole un movimiento circular. Después se pasa todo por un tamiz, se van llenando tarritos, y se hace tomar por el baño maría.

Para obtener cebollas de tamaño extraordinario, se escogen en otoño las más bonitas y sanas que se cojan, y, durante el invierno, se ponen en un saquito que se cuelga al lado de una chimenea que se encienda todos los días habitualmente. A la primavera siguiente se siembran en tierra buena, donde crecen sin dificultad; pero durante su vegetación sólo dan hojas y el tallo no se desarrolla, de lo cual resultan cebollas de gran tamaño, que llegan á pesar medio kilo ó más.

El verdadero amigo es el que nos asiste en nuestros días sombríos.—PAN-SHA-TANTRA.

El peor amigo es el que cambia por una sola palabra que le dicen de nosotros.—MEIDANI.

A la puerta de la taberna todos son hermanos y amigos: á la puerta de la cárcel no hay amigos ni hermanos.—(PROVERBIO HEBREO).

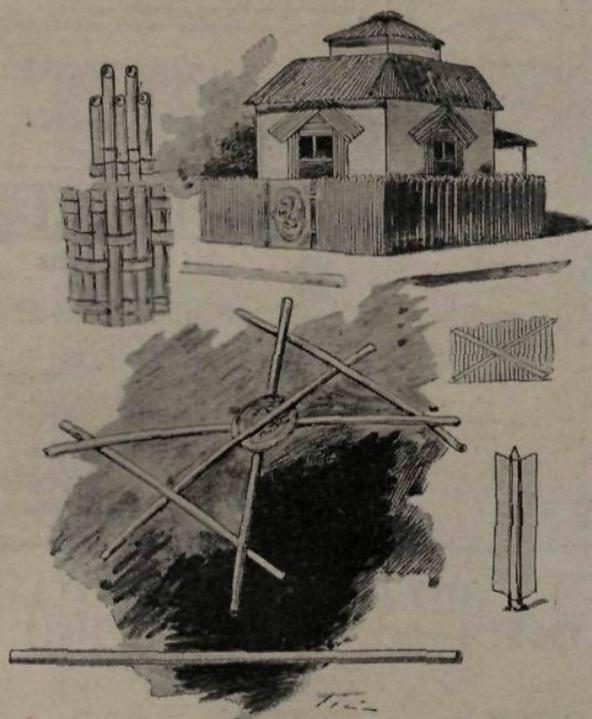
Las mujeres impúdicas han sido hechas para los hombres impúdicos, y los hombres impúdicos para las mujeres impúdicas: mientras que las mujeres virtuosas para los hombres virtuosos, y los hombres virtuosos para las mujeres virtuosas.—CORÁN (XXIV, 26).



LAS CAÑAS DE LILIPUT

Después que el sol del estío ha dorado los huecos tallos del centeno, quedan en pie unas pajas rectas, lisas, de un color amarillo muy agradable y que hasta tienen cierto brillo como si se hubiesen entretenido las hadas microscópicas en darles barniz de laca.

Esos tubitos, aun cuando de nada sirvieran, sólo por ser tan lindos valen la pena de ser guardados. Pero no: que sirven y mucho, como vamos á ver: en primer lugar no hay entre las jóvenes lectoras quienes olviden cómo chuparon los sorbetes valiéndose de esas pajas: ellas saben si puede encontrarse otro tubo tan bonito y tan barato para dedicarlo al uso indicado; luego, cogiendo varias pajas, han adornado cromos y fotografías haciendo



marcos permanentes y muy bonitos; y para corroborar mi aserto voy á proponerles una experiencia que servirá para comprender la solidez relativa de esas frágiles cañitas, que son, sin embargo, guardando la proporción del tamaño y de la masa, mucho más sólidas que el bambú, del mismo modo que la pulga salta, proporcionalmente á su volumen, mucho más alto y tendido que el mismísimo kangurúo.

Colóquense las cinco pajas tal como están en el dibujo, y sirviéndolas de punto de apoyo una moneda, verán los lectores si tienen resistencia las tales pajitas; todo depende de la trabazón alternada, gracias á la cual los cinco tubitos forman como un cuerpo homogéneo con la moneda.

También me parece oportuno, aunque no tan fácil, el trabajo de construcción liliputiense que indicamos en el dibujo, valiéndose para las empalizadas, adornos de fachada y aleros de tejado, de las pajitas de que hablamos.

Para realizar una construcción como la que indico, es preciso en primer lugar agenciarse una base de madera ó cartón fuerte, encima de la cual se traza la plantilla del edificio.

Luego se clavan por debajo varias puntas de París, largas, delgadas y bien rectas; esas puntas se pintan con cola para adherir á ellas papel fuerte, que formando ángulos rectos sirva de apoyo á las primeras pajas: á medida que éstas se van colocando, se pinta con cola la superficie que ha de estar en contacto con la paja siguiente y así se prosigue hasta terminar la verja: á ambos lados de la puerta principal debe haber dos puntas de París para sostener la puerta y contribuir á la solidez de la verja; no estará de más que con delgadas tiras de cartulina amarilla se refuerce la verja por detrás colocando dichas tiras formando X.

Las paredes de la casita pueden ser de cartulina blanca ó imitando madera; el tejado se irá construyendo del mismo modo que la verja, pero aquí es más fácil colocar las pajas encima de un plano inclinado de cartulina delgada.

Como puertas y ventanas pueden servir las cubiertas de cajas de fósforos que mejor imitan la madera: como las de la marca León, etc.

No será ésta la única construcción exótica con que voy á poner á prueba la habilidad de mis jóvenes lectores, sobre todo si pertenecen al sexo femenino: esos trabajos parecen fútiles á primera vista, y sin embargo, son muy á propósito para ejercitar el cálculo y la paciencia y para enriquecer la imaginación.— JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

PA-TA-RA-TA

Solución al rombo:

G
O R O
C L A R A
G R A N A D A
P L A T A
O D A
A

Solución á la fuga de consonantes:

El placer de morir sin pena
vale la pena de vivir sin placer.

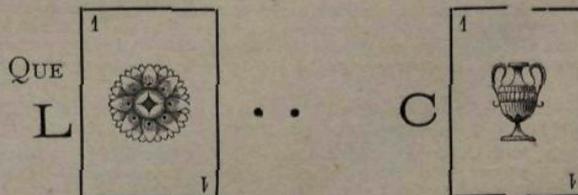
LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 Nombre de varón.
- 3 4 1 2 5 6 4 Por donde sale el sol.
- 3 4 1 7 6 2 Prenda de vestir.
- 4 3 4 5 2 Nombre de mujer.
- 8 2 6 2 En la leche
- 4 3 4 Consonante.
- 3 2 Nota musical.
- 7 Vocal.

Comunicado por J. SAPETTI, de Madrid.

JEROGLÍFICO

NADIE — . . . CO



Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

NUEVO DICCIONARIO DE QUIMICA
 POR EMILIO BOUANT

MAQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCIÓN

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 13 bis, AVINÓ, 13 bis. — BARCELONA —

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección, al peso, forma y gusto de cada país, en ceras puras de abejas, para el CULTO CATOLICO, y con buenas mezclas de varias clases y precios.

BLANQUEO de ceras en gran escala, puras sin mezclas. — CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, parafina, estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUJÍAS estearínicas y transparentes, blancas y en

colores de todas clases y varios precios. Cirios y blandones estearínicos de todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. **SALVADÓ Y SALA** Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA TIERRA SANTA
 POR D. VÍCTOR GEBHARDT

CRISTOBAL COLÓN
 POR JOSÉ MARÍA ASENSIO

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta.

Edición monumental.—Se reparte por cuadernos á una peseta cada uno.



Limpiaos la Sangre con la Zarparrilla del Dr. Ayer, que es el alterante de más confianza que jamás se haya compuesto. Para la escrófula, diviesos, úlceras, llagas, carbuncos, granos y todos los desarreglos provenientes de sangre viciada, esta medicina no tiene rival. Como tónico la

Zarparrilla del Dr. Ayer

ayuda á la digestion, estimula el hígado, refuerza los nervios y vigoriza el cuerpo cuando se halla debilitado por fatiga ó enfermedades. Mucha gente malgasta el dinero probando compuestos cuya principal recomendacion parece ser su "baratura." Las medicinas excelentes y de confianza no pueden obtenerse á bajos precios; y sólo se venden al pormenor á un precio moderado, cuando el químico fabricante se proporciona las materias primas en grandes cantidades. Es por consiguiente una economia el tomar la Zarparrilla del Dr. Ayer, cuyos valiosos componentes se importan en grande escala de las regiones en donde esos artículos son más ricos en propiedades medicinales.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E.U.A. La venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

Ha curado á otros, le curará á usted.

BÉNÉDICTINE

De la Abadía
de
FÉCAMP
LICOR
EXQUISITO Y DIGESTIVO
SIN RIVAL

DEPÔTE : BURDEOS
108, cours du Jardin-Public

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.